

tra de su imperio, á interrumpir inoportuna y terrible al sublime artista en el momento más crítico de su obra. El orador de los grandes arrebatos, iba en aquel período á dar de sí al estadista de los grandes cálculos. Gústales á estos hombres, que han desatado las corrientes del progreso y prestádoles impulso extraordinario, someterlas á su mandato con imperio, distribuir las en la realidad con mesura. Imagínense dioses, y por tanto hacederolanzar desde sus pródidas manos al océano inmenso henchido de tormentas y luego encerrarlo en límite de arena. Como vierten con tanta facilidad un río de su boca, organizada para fluir ideas, intentan luego abrir un cauce á ese río con sus hercúleas manos, á fin de que fecundice y no inunde. A esta hora crítica, cuando el Parlamento iba en Convención á convertirse, en guerra el debate, los partidos en facciones, el poder en dictadura, los clubs en Asambleas, la cuchilla del patíbulo en instrumento de gobierno, el verdugo en magistrado, el exterminio en ley, Mirabeau se creía capaz de contener la vertiginosa carrera de las cosas y salvar á todos cuantos iban despeñados hacia la ruina en los bordes oscuros del abismo. Y creía que para tal obra sólo necesitaba vivir. Imagináos, pues, con cuánta tristeza y angustia recibirá en su corazón el nefasto presentimiento de su muerte.

Pero no es posible romper la frágil condicionalidad de nuestra naturaleza, ni franquear el límite infranqueable de las cosas. Tiene un límite el Océano, tiene un límite el sol, ¿no le ha de tener el humano organismo, esa cal encendida por un poco de calor y animada por un poco de espíritu? La cabeza del grande hombre estallaba al hervor de las ideas como la bomba á la explosión de la pólvora, y sus nervios se rompían como cuerdas demasiado remontadas y tirantes, y su sangre le abrasaba como si fuera plomo fundido. Poco después de su fulminante apóstrofe contra la bárbara ley de emigración en que tuvo aquel magnífico arranque «juro no obedecerla», fué á casa de su amantísima hermana y le dijo en confianza que se sentía herido de muerte. Al salir del club de los jacobinos, á donde se presentó tras su conminación á los treinta, desafiando con altivez las iras de aquellos eternos conjurados, su secretario, que le amaba con sin igual ternura, analizó su café para averiguar si estaba envenenado, pues mil veces le acechara con traidor acecho la envidia. En aquellos días tocóle presidir la Asamblea, y se presentó con el cuello vendado, después de haber recibido un golpe de sanguijuelas aplicadas para el alivio de la vista, que turbaban á la continua vapores de sangre. Jamás se ha conocido lucha más porfiada con el destino, mayor empeño en detener sus decretos, mayor resolución de esquivarse á la muerte entre cuyos brazos forcejeaba con rabia. A fines de Marzo de 1791 iba desde su hotel de la Chaussée d'Autin á casa de su hermana; desde casa de su hermana al palco de la Opera; desde el palco al club; desde el club al retiro de Argenteuil; desde el retiro de Argenteuil, donde recogía su pensamiento, á la Asamblea, donde prodigaba su palabra en defender una ley de minas; desde la Asamblea al jardín de las Tullerías, en que la gente le asediaba; desde el jardín de las Tullerías á las redacciones de los diarios; desde las redacciones de

los diarios á los bailes; como si trabajando de esa suerte y metiendo ese ruido, pudiese ahuyentar á la muerte, cuyo llamamiento no temía por sí mismo, sino por la libertad y por la patria. Cuántas veces se le oía decir á solas, en términos vagos, como quien balbucea pensamientos indeterminados, que Francia sólo mediría todo su valor después de su muerte, cuando ya fuese inútil completamente aquel juicio; así para el tribuno como para la nación. Y al poder y á la fuerza de estos pensamientos dábanle tales vértigos que un día se desmayó en casa de su amigo Lamarque y estuvo mucho tiempo sin conocimiento y sin vida casi. No tenía remedio; la muerte, más poderosa que la fuerza de aquel titán se había agarrado con él á brazo partido, y lo soterraba bajo sus plantas, al peso incontrastable de la fatalidad.

Tenemos dos testimonios de primera excepción que consultar para conocer la agonía de Mirabeau. Es uno el relato de su hijo adoptivo y es otro el diario de su médico predilecto. Ellos nos han dado cuenta de todas las frases que se escaparon á su agonía y de todos los movimientos que sacudieron sus nervios. Lo mismo el severo Thiers que el poético Lamartine, lo mismo el dramático Michelet que el original Carlyle; todos los historiadores de la Revolución francesa han recogido ahí á manos llenas los últimos pensamientos que atravesaban, culebreando como la centella eléctrica, los surcos de aquella frente, la cual podía llamarse, por espaciosa, trasunto verdadero de la inmensidad de un alma sublime. El día último de Marzo, al comenzar el nacer de la primavera, comenzó también el morir de tan grande hombre. Conociólo él con exacto conocimiento y apercibióse á su fin último con estoica serenidad. Para no faltar á su fe filosófica y no desconocer los respetos sociales, como le hablan de confesión y de confesor, respondió que acababa de consultar á su amigo el obispo de Autun, al célebre Talleyrand, dando así muestra de conciliar la entereza con la prudencia en los mismos estertores de su postrer agonía. No puede dudarse, no, á medida que la carne desmaya, que el organismo cae, que la vida huye, elévase el alma á la eternidad y mira desde esas alturas las cosas en su admirable conjunto, realzadas por los destellos de esta última y suprema despedida. Diríais que el frío externo del cuerpo aumenta el interno calor del espíritu, cuya esencia arde como la zarza de Horeb encendida en el aliento de Dios. Aunque llega el fin último tan á deshora, no exhala una queja al vacío, ni dirige una reconvencción al destino. Bien al revés, cuando se apercibe á ejercitar las maravillosas facultades de estadista, con que el cielo ha querido completar sus maravillosas facultades de orador, y á unir la monarquía con el pueblo, le llama trágicamente la muerte; y si resiste, es mientras siente la vida circular por sus venas y la esperanza latir en su corazón; pero cuando advierte que los decretos de la fatalidad aparecen como inexorables sobre su cabeza, se entrega y se rinde con el resuello, con la pujanza, con la bravura de un toro desplomado en circo tras soberbia y sangrienta resistencia. La sombra del mundo, que va próximamente á dejar, se extiende sobre este grande astro, y de la

sombras salen como voces inarticuladas y sobrenaturales que podrían llamarse el verbo de los hechos y el lenguaje de las cosas. ¡Cuántas ideas sin formas pasan por aquellos ojos sin luz! La monarquía, la cúspide del mundo cercano á su ocaso, le embarga, dibujándose á su mirar; en estos instantes de zozobra, como la arboladura de nave magna sacudida por la tormenta. «Llévome en el corazón, exclama, el canto mortuorio de la monarquía, presa de las facciones.» Luego, como sonara, no sé con qué motivo, el cañón allá en las alturas de Montmartre, acuérdate de su ministerio en el mundo; de los combates que han sostenido sus gigantescas fuerzas; de las ideas que ha derramado por sus elocuentes labios; de las instituciones que ha destruido con el fruncir de su entrecejo como un dios, y de las que ha sembrado desde la cúspide de la tribuna como un genio; de los enemigos que ha ceñido, y atado á su carro de vencedor, arrastrándolos en torno de la Asamblea, y exclama: «¿Son ya por ventura los funerales de Aquiles?» Pesábale con gran pesadumbre la cabeza en aquellos instantes supremos á la gravedad de sus últimos pensamientos; y un amigo, viendo que se inclinaba mucho á guisa de la copa de un árbol tronchado, la tomó entre sus manos como para aliviarle, y volviendo los ojos á quien de él así se compadecía, y mirándole de hito en hito, exclamó: «Sostén la cabeza, sostenla, que bien quisiera legártela.» Aunque parezca orgullosa la frase, nacía de este examen de conciencia á que el ocaso de su vida le impulsaba y de la reflexión sobre sí mismo y sobre toda su historia, en cuyo precipitadísimo respaño debía ver con esa visión clara, que la proximidad del trance último da á los espíritus, el influjo inmenso ejercido por su acción y por su palabra en toda aquella sociedad, á la virtud creadora de su pensamiento enaltecida y transformada. Mientras tales ideas corrían por su cerebro, el sol entraba, como si quisiera beberse la última luz despedida por aquella frente radiosa y desafiar con los rayos de su disco los resplandores de la inmortal aureola de aquel espíritu, próximo á tomar otra luz más nueva en la claridad de lo eterno. Enamorado de la luz como Goethe, que la pedía con anhelo al espirar, abortó en el rayo que traía el calor de la vida al seno de la muerte, dijo: «Si no es Dios mismo, de seguro es su primer hermano.» Y esta luz debió inspirarle una vivaz alegría, moverle á considerar los dolores que dejaba con dejar la armadura de su organismo y las esperanzas, que relucían más allá del sepulcro, cuando, animado, locuaz, hizo que le aproximasen á la ventana, desde la cual se veían los árboles del jardín, cubiertos con los primeros brotes y que lo vistiesen de nuevo y que lo adornasen con todos los adornos propios de su sexo y de su tiempo para recibir á la muerte como el novio á la desposada. Y en una efusión lírica habló del último trance como pudiera hablar un poeta del antiguo helenismo, diciendo: «Voy á morir, dadme vino que me fortalezca, ceñidme flores que me coronen, vertedme aromas que me embalsamen, para entrar dulcemente en este sueño, del cual no volveré á despertar.»

Mas después de semejante efusión, sarcástica la muerte, robóle sin piedad la palabra,

como si quisiera jugar con aquel hombre, á cuya voz se formara y naciera un nuevo mundo social. Mirabeau sin palabra es un cielo sin soles, un sol sin fuego, un fuego sin calor, un calor sin vida, una vida sin alma, un alma sin ideas, una idea sin revelación, una revelación sin Dios, un Dios sin universo. Así es que, al verse privado de aquella arma de sus combates, de aquella expresión de su pensamiento, de aquel tenue articulado sonido con el cual movía los corazones y engendraba como un nuevo espíritu, desesperóse hasta llegar á la última desesperación y pedía por gestos que le diesen opio bastante á precipitar y acelerar su muerte. Como le negaran este último consuelo, pidió tinta y papel, trazando con mano segura esta palabra: «dormir». Y, en efecto, durmióse para siempre. La nación había perdido su cúspide, la tribuna su voz, la libertad su defensa, el Estado su escudo, la Asamblea su guía, la revolución su fuerza moderadora, la democracia su vocero más elocuente, el progreso su revelador más luminoso, el arte su más bello ornamento, la elocuencia su más sublime titán; bien puede asegurarse que, al caer, cae con él toda una clave de la sociedad y con él se apaga todo un celaje del humano espíritu que creció mucho al pasar por aquella cabeza no perdonada de la irreverente y atrevida muerte. Así es que cada ciudadano se sintió herido por tan rudo golpe, como si, al irse Mirabeau, se llevara al sepulcro consigo una parte esencialísima de la vida y del alma de todo el mundo.

Antes y después de su muerte, París entero demostró que comprendía lo irreparable de aquella pérdida, y que llevaba el duelo universal de Francia. Agolpábanse las muchedumbres durante su agonía al cancel de su vivienda, parte curiosas, parte enardecidas, todas embargadas por aquella desgracia nacional. Monarcas y jornaleros que no pudieran unirse en las instituciones ideadas por Mirabeau, uníanse en el dolor de su muerte y en el reconocimiento y proclamación de su inmortalidad. Como Luis XVI enviara frecuentemente á preguntar por su estado, decían las hojas revolucionarias: «Agradezcámosle que no haya ido en persona: lo hubieran idolatrado.» Ninguna noticia bastaba á sosegar la inquietud, pues arrancábanse de las manos unos á otros los boletines, y en alta voz los leían para conocer el curso de la terrible enfermedad. Este caía en estupor, aquél en desesperación, los más se exaltaban hasta la rabia y algunos gemían y sollozaban como si fueran á perder el objeto más caro de su vida. Mozo hubo que no creyó sosegada su conciencia y cumplido su deber, sino extendiendo sus brazos á los médicos que pasaban, y brindándoles su sangre joven para prestarla al moribundo por medio de la infusión, entonces muy en boga. Espontáneamente el pueblo velaba los alrededores de la casa é impedía que los coches pasaran cerca de ella. No había medio alguno de transitar á causa de la multitud de grupo que lo llenaban todo; y á la hermana del gran orador le abrían paso con religioso respeto por esos instintos de buena crianza congénitos á la población de París y tradicionales en su historia. Velábanle en la calle como pudieran velarle sus más íntimos en la alcoba; y cuando se requerían alguna medicina, iba de mano en mano desde el mostrador de la far-